

# El Tajín en los inicios del periodo Clásico, identidad y apropiación de modelos culturales

**Arturo Pascual Soto**

Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM

*Resumen:* El artículo propone una revisión del desarrollo cultural de El Tajín en sus periodos más tempranos. Pone especial cuidado en ofrecer un panorama general sobre su organización política y la manera en la que la clase gobernante fue apropiándose de otros modelos culturales. Es justo la suma de todos ellos lo que terminó por conferirle una identidad singular y la hizo diferente de otros desarrollos culturales de Mesoamérica durante el Clásico.

*Palabras clave:* El Tajín, Golfo de México, epiolmeca, Teotihuacán.

*Abstract:* This article offers a review of the cultural development of El Tajín in its earliest periods, with special interest in providing an overview of its political organization and the way in which the ruling class appropriated other cultural models. It is precisely the sum of all of these examples that ended up giving El Tajín a unique identity and made it different from other cultural developments in Mesoamerica in the Classic period.

*Keywords:* El Tajín, Gulf of México, Epiolmeca, Teotihuacan.

## Los primeros centros de gobierno

En estas primeras líneas quisiera ofrecer al lector un panorama general sobre la naturaleza de las entidades políticas que surgieron en la región de El Tajín, la época en la que aparecieron las ciudades y el modo en el que se encontraban construidas (figura 1). Aunque hay todavía muchas cuestiones sin resolver, he decidido traer aquí algunas ideas de obras anteriores, para revisarlas a partir de una creciente evidencia arqueológica que permite ahora ponerlas en perspectiva (cf. Pascual, 2006, 2009 y 2019). Podríamos empezar diciendo que en los inicios de nuestra era se formaron los primeros estados de la región. Varios sitios en las cuencas de los ríos Cazones, Tecolutla y Nautla, además de algunos más ubicados en las estribaciones de la Sierra Norte de Puebla, se convirtieron en los centros de gobierno de las más tempranas organizaciones de carácter estatal.

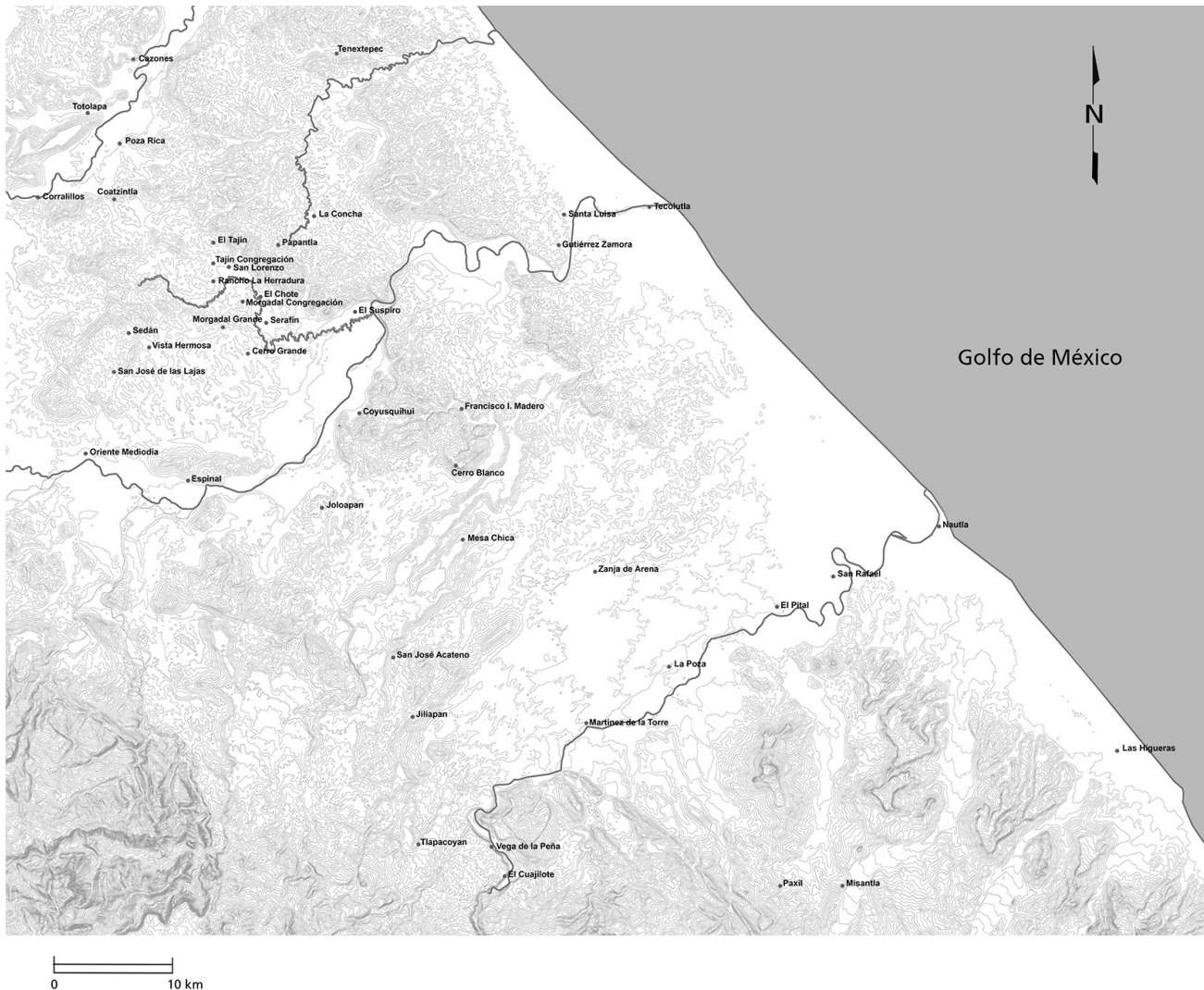
Entiendo al centro de gobierno como el Estado mismo, constituido por la ciudad, un asentamiento nucleado donde reside el grupo en el poder y donde se encuentran los edificios destinados a la gestión, y el territorio sobre el que ejerce control (Yoffee, 2005: 17). Este último podía ser tan pequeño que el centro urbano se hallaría a no más de un día de camino. Una parte significativa de la población vivía en la ciudad, el resto lo hacía en el campo. La tierra debía garantizar el sustento de una población eminentemente agrícola y

la producción de excedentes se destinaría al mantenimiento de la clase gobernante (cf. Pascual, 2019).

La fundación de estos nuevos centros debió ser precedida por tareas formidables de nivelación del terreno, mismas que sólo se entienden en el contexto de una sociedad jerárquica. Obras como éstas sólo se llevaron a cabo hasta que se reunió un mínimo de condiciones. Es decir, tuvieron que conjuntarse varios factores, como es el reconocimiento social de un liderazgo, el control sobre un territorio específico y una economía agrícola capaz de generar excedentes (cf. Pascual, 2019).

La competencia por el poder define las relaciones políticas de los estados tempranos, puesto que se trata de sistemas territoriales con gobiernos totalitarios. Sus fronteras se oponen a las de sus vecinos y se encuentran en constante configuración. En esta parte del litoral del Golfo de México, el dominio del territorio se fraccionó en una verdadera constelación de pequeños estados. El ámbito controlado por cada uno de ellos podría sorprender por su reducido tamaño, algo menos de 50 kilómetros cuadrados en promedio, pero esta pequeña porción del territorio no sólo ofrecería un sustento adecuado a la población, sino que la colocaba de lleno en el centro de las actividades comerciales del Formativo tardío.

El factor ideológico no fue menos importante, así que tan antigua gente dio forma por primera vez en su historia a los centros de gobierno de una civilización



**Fig.1** Mapa de la llanura costera del Golfo de México con los sitios que se mencionan en el texto. Dibujo de Diego de Santiago (2016).

cuya producción simbólica estaría en manos de la clase dominante y donde un sistema de creencias hizo aceptable, al grueso de la población, las nuevas formas de autoridad que se desprendían de estructuras de gobierno altamente centralizadas. Tanto la élite gobernante como los estratos más bajos de la sociedad eran igualmente prisioneros de su propio sistema de creencias. Podríamos decir que los miembros de las comunidades, incluidas las jerarquías gobernantes y de especialistas, creían igualmente en los poderes sobrenaturales del soberano. La élite promulgaba su propio sistema de creencias a través de un conjunto de símbolos y de complejos rituales que enfatizaban el carácter sagrado de la figura del gobernante. El soberano ocupaba el centro mismo del culto y su innegable posición de autoridad se sostenía a través de argumentos tanto mitológicos como genealógicos, que lo

conectaban directamente con los dioses y lo hacían descender de ancestros deificados (cf. Pascual, 2023). Es decir, ningún Estado pudo surgir sin una ideología apropiada (Claessen y Oosten, 1996: 15), sin una imagen idealizada de sí mismo que le confiriera una identidad única. La ideología es, al final de cuentas, un filtro a través del cual la sociedad se ve a sí misma, un conjunto de conceptos y de símbolos que la explican, que definen su forma ideal y que justifican todo acto orientado a alcanzar este ideal.

## El culto al gobernante

El culto al gobernante aparece en este momento singular de la historia, manifestado en monumentos de piedra que no podían expresar, de mejor manera, el carácter sagrado que se les confería de

antiguo y el extraordinario poder que se concentraba en su persona. Los nuevos centros de gobierno no sólo perpetuaban su imagen, sino que la mostraban en los espacios públicos del asentamiento. Siempre en el lugar más alto de las ciudades se hallaba el núcleo político-religioso. Era el área consagrada a las ceremonias y donde se exhibían los monumentos de piedra tallada. Las estelas que los retratan probablemente se colocaban en el centro de las plazas, entre grandes pirámides construidas para honrar a los dioses (figuras 2 y 3). A un lado del basamento principal solía colocarse una estructura más baja, a modo de formar entre ambas un corredor ceremonial dedicado al juego ritual de la pelota y que terminaría por volverse pieza central en el culto al soberano (figura 4). Las grandes pirámides, los corredores dedicados al juego ceremonial y los altares construidos en el centro de las plazas se convirtieron en los elementos de un complejo arquitectónico que identifica a los centros de gobierno a partir del Protoclásico (cf. Pascual, 2019).

Hemos dicho que la mayor parte de la población vivía en la ciudad, en un contexto que involucraba tanto al gobernante y sus parientes, como a varios grupos de especialistas (cf. Claessen y Oosten, 1996; y Hansen, 2000). Las áreas residenciales ocupaban las laderas del cerro y se distribuían en torno a las plazas. Mientras más cercanas a estas últimas, mayor era su relación con el grupo en el poder. Edificadas sobre plataformas de tierra, probablemente servidas de muros de adobe y techadas con armazones de madera cubiertos con morteros de tierra (cf. Pascual, 2019), concentraban en su interior una gran cantidad de objetos. En Morgadal Grande, un sitio a corta distancia de El Tajín, hemos tenido oportunidad de estudiar sus ocupaciones tempranas (figura 5). No es el único que las presenta, pero con Cerro Grande, otro antiguo centro de gobierno, permiten ahora entender sus características en los primeros siglos de nuestra era. Se trata por lo regular de conjuntos compuestos por dos o tres cuartos ordenados en torno a un patio y donde uno de ellos, normalmente el más pequeño, se usaba como almacén (figura 6). Su diferente orientación, perpendicular con respecto al resto de las construcciones, servía para separar conjuntos residenciales contiguos. Las casas miraban hacia la ladera y los cuartos se edificaban justo en el borde de las terrazas con el propósito de ganar espacio para las actividades domésticas al aire libre. En ninguno de ellos se llevaron a cabo trabajos relacionados con la manufactura de herramientas. Esto se explica si es que pensamos en el segmento de la población a los que estaban destinados. Sin embargo, no hemos hallado hasta el momento basureros de la época que permitan conocer la variedad de productos distintos a las vasijas que eran desechados en ellos. En el núcleo de las plata-

formas solían utilizarse desperdicios como parte del relleno constructivo; es común encontrar pedazos de toda clase de tiestos, figurillas, huesos de animales y conchas de mejillones. Por otra parte, es muy raro que aparezcan fragmentos de navajillas y nunca están presentes desechos de talla asociados con la elaboración de instrumentos de obsidiana.

En Morgadal Grande, la excavación de la Plataforma C-Sur produjo huesos de aves y de pequeños mamíferos, además de conchas de agua dulce (*Unio aztecorum*). En los depósitos que datan del Clásico medio también aparecen agujas de hueso y malacates, lo que permite documentar actividades relacionadas con el cardado del hilo y labores de tejido en los cuartos. Aunque sabemos que se trata de espacios habitados con anterioridad, el ajuar doméstico podía incluir para el siglo IV de nuestra era, además de vasijas de uso corriente, varios ejemplos de vasos trípodas cilíndricos de producción local, pero claramente inspirados en la alfarería teotihuacana (figura 7), candeleros de una sola cámara (figura 8) y floreros (figura 9), que en ambos casos son igualmente característicos de esta época.

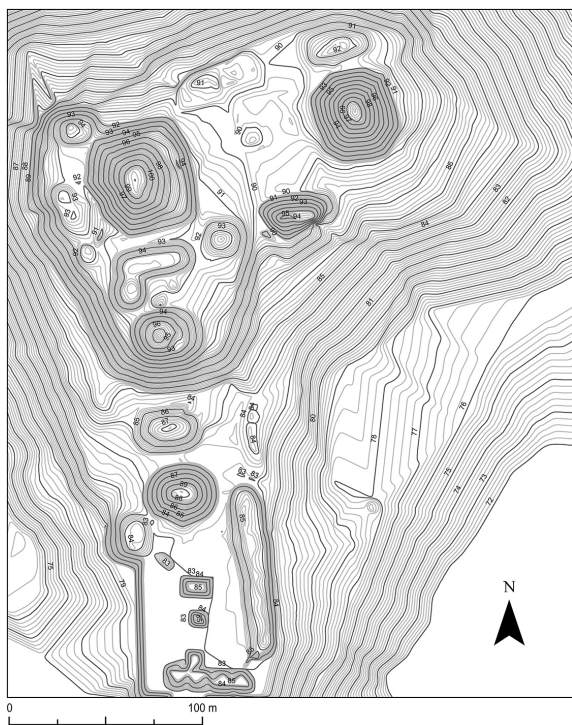
Eso no sólo ocurre en Morgadal Grande; se trata de un proceso que se manifiesta a nivel regional y que también puede documentarse en El Tajín. Es decir, la

| Fase             |               | Periodo             |
|------------------|---------------|---------------------|
|                  |               | Posclásico tardío   |
| 1300 - 1520 d.C. | Cabezas       |                     |
|                  |               | Posclásico temprano |
| 1150 - 1300 d.C. | El Cristo     |                     |
|                  |               | Epiclásico          |
| 850 - 1150 d.C.  | El Isla B     |                     |
|                  |               | Clásico tardío      |
| 600 - 850 d.C.   | La Isla A     |                     |
|                  |               | Clásico temprano    |
| 360 - 600 d.C.   | Cacahuatal    |                     |
|                  |               | Protoclásico        |
| 0 - 350 d.C.     | Tecolutla     |                     |
| 300 a.C. - 0     | Arroyo Grande | Formativo tardío    |
|                  |               | Formativo medio     |
| 300 - 550 a.C.   | Esteros B     |                     |
| 550 -1000 a.C    | Esteros A     |                     |
|                  |               | Formativo temprano  |
| 1000 -1150 a.C.  | Ojite         |                     |
| 1150 -1350 a.C.  | Monte Gordo   |                     |
| 1350 -1450 a.C.  | Almería       |                     |
| 1450 -1700 a.C.  | Raudal        |                     |

**Fig. 2** Cronología de la civilización de El Tajín (Wilkerson, 1987, y Pascual Soto, 2009). Gráfico de Zamira Medina Moreno (2016).



**Fig. 3** Estela del Museo de Antropología de Xalapa. Probablemente procede de Morgadal Grande. Clásico temprano (ca. 350-600 d.C.). Fotografía de Jesús Galindo Trejo, 2010.



**Fig. 4** Levantamiento topográfico de la Plaza Central de Cerro Grande. Dibujo de Diego de Santiago, 2022.



**Fig. 5** Levantamiento topográfico de Morgadal Grande. Dibujo de Diego de Santiago, 2022.



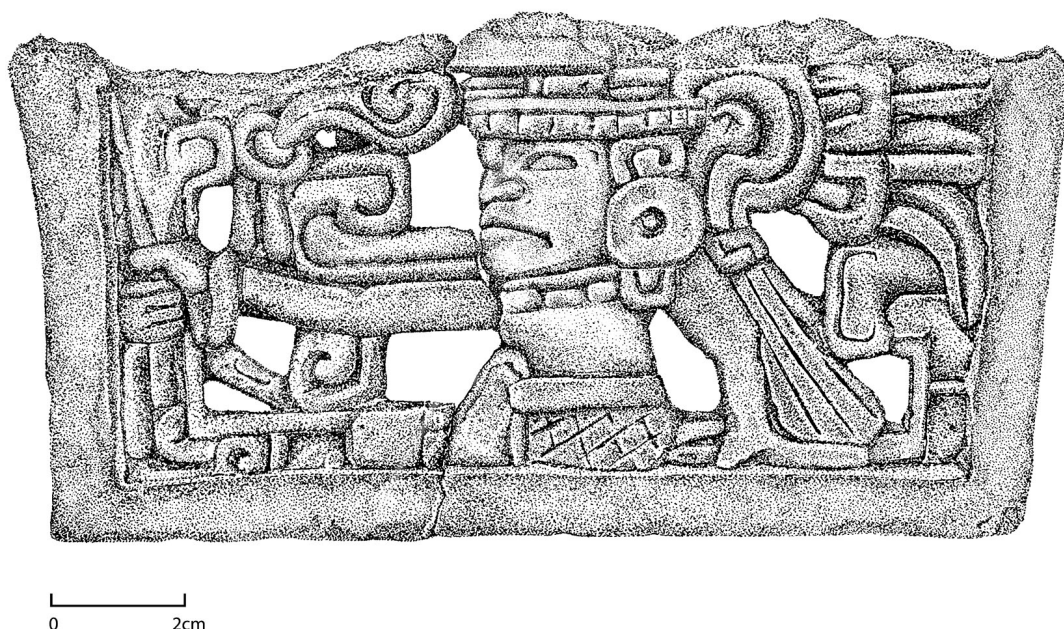
**Fig. 6** Planta de la Unidad Habitacional 6B de la Plataforma C-Sur Poniente de Morgadal Grande. Clásico temprano (ca. 350-600 d.C.). Dibujo de Arturo Reséndiz Cruz (2000) y Reyna Albarrán Caballero (2008).

incorporación de objetos de gusto *centro-mexicano* está aquí, como testimonio del cambio ocurrido en la conducta ritual de los grupos en el poder, puesto que la producción de esta clase de objetos señala su adopción, en función de las novedades introducidas en la ideología, de la clase dominante.

Lo “teotihuacano”, si se me permite decirlo así, caló hondamente en la experiencia simbólica de los pueblos de la costa y determinó cierto grado de transformación en las celebraciones litúrgicas. Sin embargo, la esencia del culto no parece haber cambiado, aunque es ahora cuando se materializan las primeras representaciones de una divinidad originaria del Altiplano central. Tláloc, evolucionará localmente hasta convertirse en numen y arranque inmemorial de los linajes de gobernantes (figura 10). Se identifica por un traslado casi perfecto de sus atributos teotihuacanos. Es decir, se trata de una incorporación prácticamente mecánica de su identidad simbólica, que sólo más tarde se sujetará a una revisión profunda de su naturaleza conceptual. Es esto lo que produce una renovación en el ajuar de las casas, habida cuenta de que, en ellas, es de suponerse que también se celebrarían rituales, pero no se trata de un fenómeno que parezca alcanzar por igual a toda la población. Parece ser algo que más bien se manifiesta a nivel de la religión de Estado y que no necesariamente afecta la conducta ritual del grueso de la población.

El asunto presenta varias aristas, particularmente porque para este momento toda la cuenca del río Tecolutla ocuparía una posición marginal con respecto a los itinerarios comerciales teotihuacanos (cf. Manzanilla, 2011). Digamos que todos estos elementos sólo llegaron a trasmano, puesto que el interés en realidad estaba puesto en la cuenca del río Nautla, en una serie de ciudades que como El Pital, estarían desarrollándose en esta época y que habrían de convertirse en el destino por excelencia de estas actividades económicas (cf. Wilkerson, 1994a y 1994b).

En otro lugar nos hemos ocupado de la importancia que tendría entonces Zanja de Arena (cf. Pascual, 2019), ubicada en el actual municipio de Martínez de la Torre, una antigua ciudad formada por varios grupos arquitectónicos y con una extensión cercana a la mitad del área que ocupaba El Tajín a finales del Clásico (figura 11). El sitio tiene una larga historia ocupacional que se remonta al Clásico temprano, aunque es probable que pueda hacerse retroceder por lo menos hasta la parte alta del Protoclásico. Sin embargo, en lo que hace a las cerámicas de superficie, no hay elementos que permitan establecer una ocupación posterior al año 700 de nuestra era. En este sentido, observa un comportamiento muy similar al que conocemos para El Pital, donde se registra una marcada disminución en el tamaño del asentamiento a finales del Clásico tardío.



**Fig. 7** Personaje representado en un soporte de un vaso trípode cilíndrico hallado en la Plataforma C-Sur Poniente de Morgadal Grande EP6B. Clásico temprano (ca. 350-600 d.C.). Fotografía de Zamira Medina Moreno (2006) y dibujo de Abraham Rodríguez Reyes (2006).



**Fig. 8** Candelerero fabricado en pasta de barro del tipo Valenzuela Pulido. Plataforma C-Sur Poniente de Morgadal Grande. Protoclásico (ca. 0-350 d.C.) a Clásico temprano (ca. 350-600 d.C.). Fotografía de Zamira Medina Moreno (2012).



**Fig. 9** "Florero" del tipo Agua Dulce Negro, variedad Agua Dulce. Cerro del Oeste E2 y EP2 de El Tajín. Protoclásico (ca. 0-350 d.C.) a Clásico temprano (ca. 350-600 d.C.). Dibujo de Arturo Reséndiz Cruz (2001).

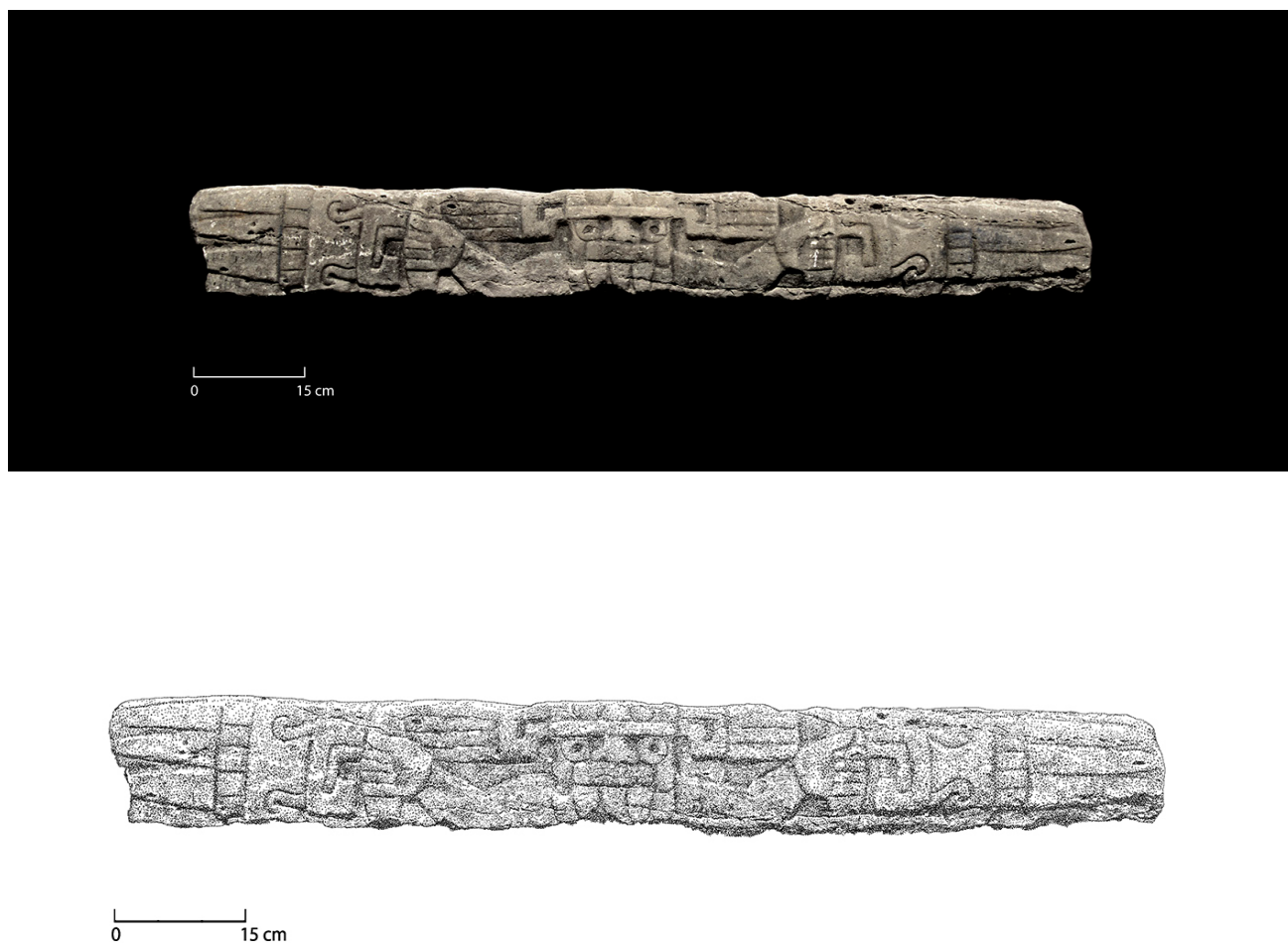
Este fenómeno, que implica el despoblamiento de los grandes centros del Clásico temprano, no parece ser exclusivo de la cuenca del Nautla. Stark ha señalado para Cerro de las Mesas, que en algún momento en torno a los años 500 y 700 d.C., la ciudad perdería su dominio político sobre la cuenca baja del río Papaloapan, permitiendo el posterior desarrollo de otros sitios (Stark, 2010: 144-145). El Tajín no experimenta el mismo proceso. Sin embargo, El Pital y Zanja de Arena, aun encontrándose en plena actividad para el Clásico temprano, responden, en el mismo sentido que Cerro de las Mesas, a este fenómeno cultural propio de la llanura central veracruzana, que probablemente se origina en la desarticulación comercial del mundo teotihuacano. El panorama cambiará de manera drástica en la primera mitad del Clásico tardío, particularmente después de la consolidación del nuevo estatuto político de El Tajín, puesto que entonces vuelve a registrarse un aumento exponencial de la población en la cuenca del Tecoluitla.

### Ocupaciones tempranas en El Tajín

Hemos dicho que en el Protoclásico se aclara la tendencia general hacia el aumento de la población, por lo menos entre las cuencas de los ríos Cazones y Nautla, lo que refleja una clara disposición a congregarse en torno a los centros de gobierno. Es decir, el núcleo político del territorio ejerce tal atracción sobre la población, que la ganancia de habitantes probablemente se deba a su inédita prosperidad comercial. Aunque no hay evidencia de que dicho proceso incidiera directamente en el despoblamiento de asentamientos concretos, todo indica que lo que estaba sucediendo terminaría por repercutir en las poblaciones campesinas, mismas que ahora buscarían instalarse lo más cerca posible de los centros urbanos.

Es el efecto de este nuevo patrón de residencia el que hizo de El Pital o de Zanja de Arena las más pobladas de las ciudades de la cuenca del río Nautla. La población rural estaría acercándose a ellas y propiciaría el surgimiento de asentamientos mucho más grandes y cada vez más compactos. Aunque los centros de gobierno ejercieron una atracción sin precedentes en la historia temprana de la civilización de El Tajín, no siempre resulta claro cómo tuvo lugar este proceso. Aunque el campo no quedó despoblado, esto es un hecho, es posible reconocer una mayor concentración de personas en las inmediaciones de la ciudad y en toda una serie de poblados que justo ahora comienzan a surgir en distintos puntos del territorio.

El origen de la ciudad de El Tajín ciertamente tiene que ver con su ubicación en un extremo de la llanura aluvial de Coatzintla, entre las cuencas de los ríos Cazones y Tecoluitla, y los antecedentes de su fundación no son



**Fig. 10** Sillar de piedra arenisca con representación frontal de Tlaloc. Formaba parte de los paramentos de un primitivo edificio dedicado al juego ritual de pelota, Cerro Grande. Clásico temprano (ca. 350-600 d.C.). Fotografía de Eumelia Hernández y Gerardo Vázquez (2000) y dibujo de Fátima Nava May (2016).

de ninguna manera recientes. Todo parece indicar que siempre estuvo allí. El problema, a diferencia de cómo se ha planteado hasta ahora, no es saber cuándo se fundó, sino cuándo se convirtió en el antecedente directo de la ciudad del Clásico tardío. La ciudad del Protoclásico ocupó la parte alta del Cerro del Oeste, repitiendo con ello el modelo que siguen las primeras urbes de la región (figura 12). Du Solier (1945) halló en la parte baja de la ciudad varias figurillas cerámicas que llamó Arcaicas y que luego García Payón (1974) denominó como de tipo Santa Luisa, al compararlas con las que Wilkerson (1972) había encontrado cerca de la desembocadura del río Tecolutla. De esta asociación, García Payón estableció la última parte del periodo Formativo como la época probable de su manufactura. Krotser volvería a encontrar cerámicas de este periodo al excavar en las laderas del Cerro del Oeste (EP18 y EP19), lo cual es importante, así como en los límites de la Congregación

de El Tajín, justo al sur de la zona arqueológica (Krotser y Krotser, 1973: 191 y 217). Nosotros mismos hemos hallado tiestos del Formativo al pie del Edificio de las Columnas. No es una cerámica que sea común en El Tajín, por lo menos no en aquellos lugares donde se han llevado a cabo investigaciones arqueológicas, pero en nuestro caso existe la posibilidad de que correspondan a materiales que fueron trasladados, ya como basura, para hacerlos participar en los rellenos constructivos del edificio (figura 13). Los depósitos donde ahora aparecen fueron originados por grandes obras de nivelación que probablemente ya habrían concluido en los inicios del siglo VII d.C. Las grandes pirámides del conjunto se encuentran asentadas sobre rellenos artificiales que cubren a una serie de terrazas cuyos restos aparecen a casi 6 metros de profundidad. Toda la colina fue objeto de grandes reformas, que en parte podrían remontarse a épocas muy antiguas.



**Fig. 11** Plano del sitio arqueológico de Zanja de Arena, Martínez de la Torre. Dibujo de Said Rico Díaz sobre un levantamiento de Arturo Pascual Soto y Raúl Rocha García (2016).

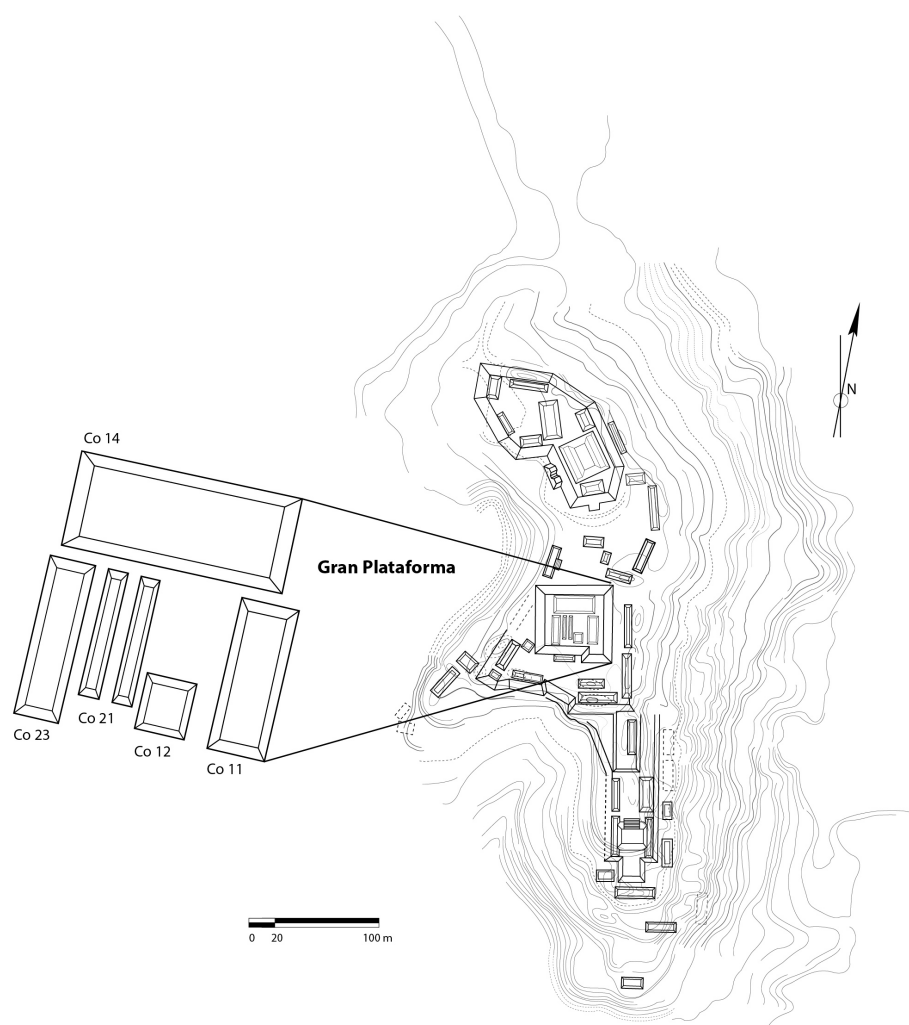
Si tomamos en cuenta lo dicho hasta aquí, no es imposible que las tareas de nivelación pudieran haberse comenzado a finales del periodo Formativo, la fase Arroyo Grande, tal y como sucedió en otros sitios de la región. Sin embargo, debo reconocer que no tenemos en El Tajín evidencia concreta de que así fuera, por lo que el reuso incidental de estas cerámicas, en el contexto de obras mucho más recientes, es siempre una posibilidad, más todavía porque sabemos que era una práctica común enterrar todo tipo de desechos en el relleno de los edificios y que estas cerámicas pudieron haber venido de basureros cercanos. Por supuesto que la presencia de estos tiestos advierte, por sí sola, sobre la existencia de núcleos de población en el área de la ciudad para esta época. Es decir, si bien no se encontraban sobre las colinas, hay razones sobradas como para suponer que estarían junto al cauce de los arroyos.

En la segunda mitad del siglo pasado, Wilkerson estudió en Santa Luisa un complejo cerámico propio del periodo Formativo (Wilkerson, 1972). Los cajetes de paredes convexas de color oscuro y acabado brillante los agrupó en el tipo La Macarena Negro, para examinarlos en detalle al ocuparse de la fase Esteros A (ca. 1000-500 a.C.). También observó que en la fase anterior sólo resultaba superado en frecuencia por el tipo Progreso Blanco, característico de una tradición alfarera bien documentada en la Huasteca (cf. Ekholm, 1944, y Mac Neish, 1954). En los depósitos de la fase Ojite (ca. 1150-1000 a.C.), estas cerámicas con engobe blanco representaron más del 50% del total de la muestra y

suelen aparecer hasta la parte baja de los depósitos de la fase Arroyo Grande (ca. 300 a.C.), en tanto que al tipo La Macarena Negro tocó algo más del 3% del total de las cerámicas de la fase anterior, razón por la cual supuso que probablemente se trataba de un tipo mayor del Formativo temprano. Los cercanos tipos Larios Engobe-Listado y Cruz Inciso que incorporan elementos decorativos característicos de la cerámica olmeca, quizá corresponden a un esfuerzo regional por reproducir las de importación, especialmente las de cocción diferencial, tan populares en la costa sur de Veracruz.

El mismo Wilkerson se percató de que los alfareros de las fases Ojite y Esteros A, quienes lograban una precisa ejecución de las cerámicas del tipo Progreso Blanco, enfrentaban serios problemas de cocción y acabado en la elaboración de los tipos anteriores, razón por la cual concluyó que derivaban de una tradición alfarera de reciente introducción en Santa Luisa (Wilkerson, 1972: 111).

Ambos tipos cerámicos ilustran bien, cada uno por su lado, su articulación con el desarrollo cultural de la Huasteca (cf. Wilkerson, 1972) y con un claro proceso de recepción de los elementos culturales que caracterizan para el Formativo medio al sur de Mesoamérica. La incorporación de los rasgos de la alfarería olmeca en esta parte de la llanura costera, no es algo que sea sencillo de abordar y menos todavía desde El Tajín. Es cierto que Wilkerson encontró en Santa Luisa un fragmento de figurilla del tipo Baby



**Fig. 12** Plano del Cerro del Oeste de El Tajín. Levantamiento de Arturo Pascual Soto (2003) y dibujo de Amanda Soledad (2007).



**Fig. 13** Cerámica hallada en el Edificio 42 del Conjunto Arquitectónico del Edificio de las Columnas de El Tajín. Formativo tardío ca. 300-0 d.C. Dibujo de Alejandro Núñez Padilla (2022).

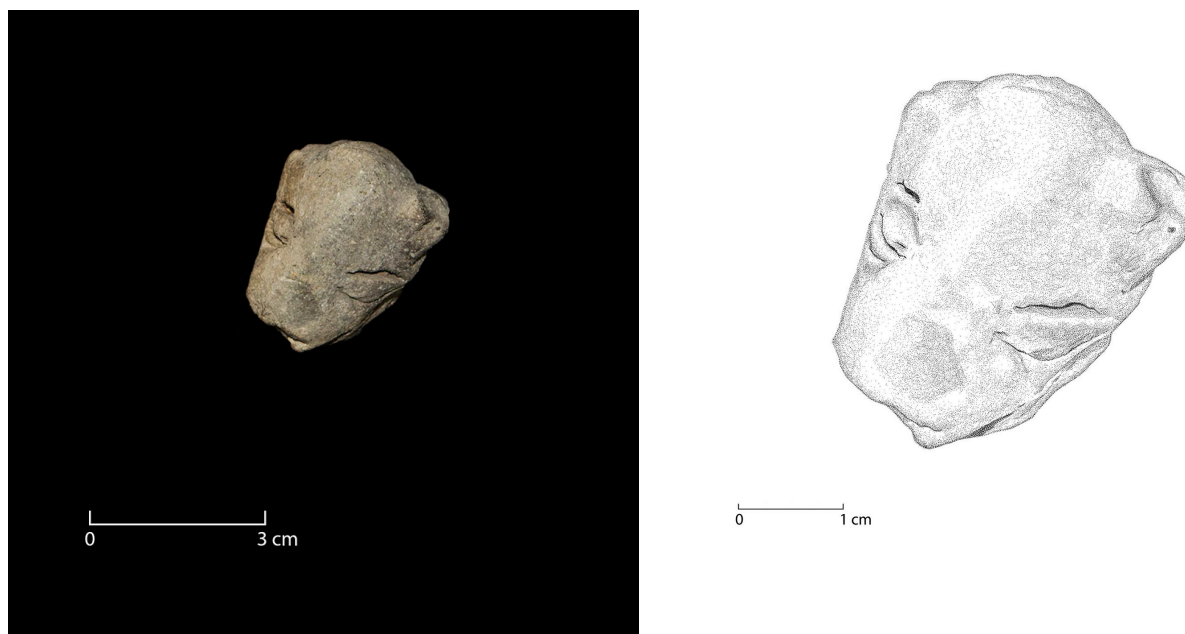
Face (Wilkerson, 1972: 111), que fechó en la fase Ojite y que han aparecido otros ejemplos en varios sitios del interior de la llanura costera, pero a diferencia de este autor, no estoy seguro de que la presencia de rasgos olmecas en estas cerámicas negras deba asociarse con un influjo civilizador responsable de un cambio en el modo de subsistencia (Wilkerson, 1972: 65-66). Aunque veo las cosas de manera diferente, más como la adopción de una serie de elementos que definen en la costa del Golfo de México a un prestigioso modelo cultural, coincido plenamente con Wilkerson cuando dice que la parte final de la fase Ojite “se encuentra marcada por una dinámica receptividad de los rasgos olmecas como por su imitación” (Wilkerson, 1976: 5). Esto es algo que se dará como un fenómeno regional y que incide directamente en la conducta ritual de los grupos en el poder, pero de ahí a convertirlo en el mecanismo que detona localmente el desarrollo de una verdadera economía agrícola, es algo muy distinto.

No cabe duda de que la región tuvo una ocupación importante en el Formativo. No sólo junto al mar, también tierra adentro, donde sabemos que hubo poblados en lugares escogidos del territorio que los guarecían de las constantes inundaciones. Sin embargo, a pesar de hallarse lejos del paso atropellado de los grandes ríos, dependían por completo del agua de los arroyos. En la confluencia del río Tecolutla con su afluente el Tlahuanapa, Jiménez Lara encontró en Rancho “El Suspiro” una serie de tiestos que fechó en el “Preclásico medio”, las fases Esteros A y B de

Santa Luisa, además de volver a señalar su relación con la alfarería olmeca (Jiménez, 1991). También propuso que Serafín, un sitio de mediana jerarquía en el Clásico tardío, se hallaba ocupado desde el “Preclásico superior”, la fase Arroyo Grande de Wilkerson. En suma, toda la evidencia parece señalar un fenómeno de orden regional que no tendría por qué dejar fuera a El Tajín y que se manifiesta con claridad en sitios que se encuentran a unos cuantos kilómetros de este último. Por ejemplo, de la Plataforma C-Sur Morgadal Grande proviene un fragmento del borde y una parte del cuello de una olla del tipo Progreso Blanco, variedad Chila, que corresponden a la fase Esteros B (cf. Wilkerson, 1972). El característico engobe blanco es de tono un poco más claro en el ejemplo de Morgadal Grande y de textura digamos menos “polvosa” que en los hallados en Santa Luisa.

El caso de Cerro Grande es particularmente interesante: en el Edificio 2 de la Plaza Central hallamos la cabeza de una figurilla que originalmente representaba a un mamífero. Sobresalen en ella el hocico, las orejas en punta y los ojos incisos en el barro fresco (figura 14). Wilkerson ha fechado las encontradas por él en Santa Luisa para la fase Raudal (ca. 1700-1450 a.C.) (Wilkerson, 1981: 185, fig. 3-e). Prácticamente todos los sitios de la llanura aluvial de Espinal reportan en superficie fragmentos de figurillas cerámicas características del Formativo tardío y sólo algunos, Cerro Grande y El Triunfo, incluyen ejemplos que son diagnóstico de la parte alta del Formativo temprano, esto es, las fases Monte Gordo y Ojite (cf. Wilkerson, 1972, 1980 y 1981). De El Triunfo procede la cabeza de una figurilla modelada en una pasta de barro de color negro rica en desgrasante de cuarzo. La caracteriza un rostro humano enteramente plano —más ancho que largo—, donde los ojos y la boca fueron hechos al pastillaje y una incisión sirvió para sugerir la presencia de los párpados o de los labios (figura 15). Aunque Wilkerson no reporta figurillas similares en Santa Luisa, la de El Triunfo guarda claras relaciones estilísticas con sus ejemplos de la fase Monte Gordo (ca. 1350-1150 a.C.) (Wilkerson, 1980: 217; 1981: 185, figura 3 a-c), mientras que la pasta de barro es idéntica a la usada en el ejemplo de Cerro Grande, fechado para la fase Raudal.

Desde la perspectiva de los materiales arqueológicos, no debe quedar duda de que hubo ocupaciones de fase Tecolutla en los emplazamientos que corresponden a los primeros centros de gobierno de la cultura de El Tajín. Sin embargo, los poblados más antiguos, aquellos que probablemente datan del Formativo medio, es posible que se hallaran junto a los varios arroyos que tributan en el Tlahuanapa, asentados en terrenos altos, pero nunca sobre las lomas que habrían de servir a las ocupaciones de la primera mitad del periodo Clásico.



**Fig. 14** Cabeza de una figurilla cerámica que representa un mamífero. Sobresalen el hocico, las orejas en punta y los ojos incisos en el barro fresco. Fase Raudal (ca. 1700-1450 a.C.), Edificio 2 de Cerro Grande. Fotografía de Zamira Medina Moreno (2016) y dibujo de Betzabe Escamilla Corona (2016).



**Fig. 15** Cabeza de una figurilla cerámica que probablemente representaba a un personaje de cuerpo entero. Fase Monte Gordo (ca. 1350-1150 a.C.). El Triunfo-Cerro Grande. Fotografía de Zamira Medina Moreno (2016) y dibujo de Betzabe Escamilla Corona (2016).

Ahora bien, si volvemos a la antigua ciudad de El Tajín, tendremos que decir una vez más que contamos con muy pocos datos que permitan argumentar en favor de la existencia de ocupaciones del Formativo en el área de la actual zona arqueológica. Aunque hay evidencia que apunta en este sentido, lamentablemente no se organiza en depósitos arqueológicos concretos. Hay indicios de que pudo haber asentamientos tempranos en la parte baja del sitio, probablemente junto a los arroyos o al pie de los cerros que lo limitan. Sin embargo, la posibilidad de hallar sus vestigios aumenta al sur de la antigua ciudad y a lo largo del arroyo Tlahuanapa. Sin embargo, hay que tener presente que ambas posibilidades no se excluyen entre sí y que debemos tener por cierto, que algo sucedió en el Formativo que terminó haciendo de El Tajín uno de estos grandes centros del Protoclásico. Con todo, en ninguno de los sitios que rodean a esta antigua metrópoli disponemos de fechas de radiocarbono que sean anteriores al primer cuarto del siglo III de nuestra era, lo que las coloca en la fase Tecolutla de Wilkerson (1972). Sin embargo, nuestras excavaciones en Morgadal Grande, Cerro Grande y en el mismo Cerro del Oeste de El Tajín, todavía no agotan los depósitos arqueológicos intervenidos. Dada la profundidad que alcanza y por la gran cantidad de vestigios arquitectónicos que aparecen, el espacio de excavación suele reducirse de manera muy significativa a medida que progresan los trabajos. A pesar de estas complicaciones, no queda duda de que en todos estos sitios hemos alcanzado niveles que corresponden al Protoclásico, no sólo por los resultados que arrojan los fechamientos absolutos, también porque presentan un contexto cultural definido. Es así que tenemos evidencia suficiente como para argumentar en favor de ocupaciones que en Morgadal Grande pueden fecharse en los años 290+/-40 d.C y 320+/-40 d.C., en Cerro Grande para los años 280+/-40 d.C. y 350+/-40 d.C., y en el Cerro del Oeste de El Tajín para el año 300+/-60 después de Cristo

## El Cerro del Oeste

En la colina que limita al poniente la actual zona de monumentos arqueológicos de El Tajín, se conjuntan datos suficientes como para proponer que el asentamiento originario pudo haberse encontrado en lo alto de la elevación. No discutiré por el momento qué hizo de este lugar una ciudad sin igual, por lo menos no sin antes dejar claro que, en época temprana, su desarrollo urbano no parece haber sido distinto al que experimentaron otras ciudades de la región. Wilkerson ha supuesto que El Tajín sería “entre 300 y 600 d.C. un sitio de tamaño modesto” (Wilkerson, 1990: 160). Si se infiere su tamaño y con ello su relevancia a

partir de los datos disponibles en la parte baja de la ciudad, entonces es probable que pueda subestimarse, al punto de proponer, como lo hiciera Brueggemann (1991), un origen “aldeano” para el año 600 d.C. Si, en cambio, asumimos que la Plaza de la Pirámide de los Nichos constituye una prolongación del asentamiento original, podremos mirar de manera diferente la cuestión. Aun dejando de lado las subestructuras que García Payón reporta por debajo del Edificio 5 y sin necesidad de hacernos cargo por ahora de los antecedentes de la Pirámide de los Nichos, en el Cerro del Oeste subsiste evidencia de un área pública cuya ocupación se remonta cuando menos a la parte alta de la fase Tecolutla. No cabe duda de que la plaza de la Pirámide de los Nichos es un referente indiscutible en la planeación de la “nueva” ciudad del Clásico tardío. Sin embargo, la parte más nutrida de su ocupación temprana no se halla entre los arroyos que la limitan. Todo indica que, por lo menos, en donde hoy se encuentra la Acrópolis o Gran Plataforma del Cerro del Oeste, existía un conjunto de edificaciones anteriores que hemos podido documentar en los depósitos más profundos del Edificio Co14.

Para los primeros años del Epiclásico se habían multiplicado los edificios a tal punto, que es posible que para entonces hubiera más de 50 estructuras distribuidas en lo alto de la colina. Dos de los tres conjuntos arquitectónicos se valían de enormes basamentos sobre los cuales fue construida una serie de plataformas. La Acrópolis, edificada en medio de los otros dos, tiene 50 metros por lado y se alza más de 5 metros sobre el nivel de la superficie actual. Arriba, se hizo lugar a un juego de pelota (Co21), al propio Edificio Co14 y a otras cuatro construcciones que se reparten en los extremos de la Gran Plataforma (Co11A, Co11B, Co12 y Co23). Abajo, se encuentran otras más, entre las cuales destaca un segundo juego de pelota, tan grande como el que existe en la parte superior del recinto. Es este último el que Krotser utilizó como punto de referencia, en uno de sus artículos, al describir la ubicación de dos de las excavaciones efectuadas por ella en el Cerro del Oeste (Krotser y Krotser, 1973). Antes de ocuparnos de sus trabajos en El Tajín, como de los llevados a cabo por Du Solier casi tres décadas antes (1939 y 1945), vale la pena decir que en ambos casos fueron de la misma opinión en cuanto a que las laderas de esta colina resultaban ser inmejorables como para excavar depósitos profundos que permitieran acercarse de manera sistemática a la historia ocupacional del sitio. Los dos hicieron aquí sus mayores esfuerzos, abrieron varios pozos y obtuvieron muestras cerámicas relativamente grandes que les dejaron proponerlas en diferentes arreglos tipológicos (cf. Du Solier, 1945, y Krotser y Krotser, 1973).

## Excavaciones arqueológicas

En cuanto a los orígenes del asentamiento, a los restos de sus más tempranas ocupaciones, Du Solier encontró dos “cabecitas antropomorfas” que las creyó ejemplo de una producción alfarera “arcaica” (Du Solier, 1945: 163). Con ellas, atendiendo a su hechura al pastillaje, supuso que podía tenerlas como evidencia de periodos muy antiguos, pero fue categórico cuando escribió que no observaba en el conjunto de sus muestras cerámicas un desarrollo cultural paulatino (Du Solier, 1945: 181). Si revisamos estas mismas “cabecitas” a la luz de lo que hoy sabemos de El Tajín, a casi un siglo de sus excavaciones, podremos estar seguros de que no se trata de figurillas que hayan sido modeladas en época tan lejana (Du Solier, 1945, lámina C, 5 y 6). Es interesante notar que el mismo Du Solier pensaba que eran “sin duda ajenas a El Tajín porque el periodo arcaico al que pertenecen no existió en este lugar, o cuando menos no ha sido aún encontrado en el mismo” (Du Solier, 1945: 188).

Al final de cuentas, Du Solier identificó tres etapas distintas, “la primera con raíces teotihuacanas” (Du Solier, 1945: 190). En términos generales y teniendo en cuenta lo poco que se sabía entonces sobre el desarrollo cultural de El Tajín, podríamos decir que su afirmación era acertada para ese momento. Claro, hoy no sería sostenible si es que la formulamos en los mismos términos, pero para los años en los que trabajó Du Solier era sin duda correcta. Sin embargo, no son pocas las precisiones que hoy tendríamos que hacer, comenzando por un problema de identificación tipológica que existe en su tipo Cerámica negra (Du Solier, 1945: 148). Es cierto, lo sabía Du Solier, que hay un componente de vasijas hechas con barro negro que se encuentran en la base de las columnas estratigráficas excavadas en El Tajín. Sin embargo, no todas las cerámicas negras pertenecen a un mismo tipo cerámico, ni tampoco tienen periodos iguales de recurrencia.

En otro lugar hemos explicado cómo a partir de las excavaciones de Wilkerson en Santa Luisa, pudo definirse un grupo de pequeñas ollas que corresponden al tipo Alemán Negro, variedad Alemán (cf. Pascual, 2006). El mismo Wilkerson señaló que algunas formas de Alemán Negro, un tipo mayor de la primera mitad de la fase Tecolutla, especialmente las ollas, tendrían que ser agrupadas por separado dadas sus particulares características (Wilkerson, 1972: 261). De Santa Luisa proceden los restos de una vasija con vertedero y una segunda que incorpora una efigie (Wilkerson, 1972: 259). Así pues, no sería improbable que alguna variedad del tipo Alemán Negro, pese a su probada filiación utilitaria, terminara por incluir una serie de

artefactos cuyo consumo se reservaba a las élites locales. Ahora bien, Agua Dulce Negro no es sólo el precursor del importante tipo cerámico Valenzuela Pulido, variedad Santa Rosa, del Clásico temprano, sino que constituye una prolongación de las vajillas negras del Formativo, siendo contemporáneo del tipo Alemán Negro a partir de la segunda mitad de la fase Arroyo Grande. La pasta suele ser muy similar, aunque mucho más compacta, y en Morgadal Grande contiene muscovita. El color de la superficie para la fase Tecolutla tiende a ser mucho más uniforme y, como ocurre en Santa Luisa, no parece tratarse de una producción alfarera orientada sólo al consumo doméstico. En la costa, su máxima frecuencia se registra hacia los finales de la fase Arroyo Grande, manteniendo su popularidad a través de la primera parte del Protoclásico (Wilkerson, 1972: 312). Fue entonces cuando se fabricaron vasijas de formas hasta entonces inéditas, aunque la mayoría de ellas parecen heredadas del repertorio de la fase anterior (Wilkerson, 1972: 307). El tipo Agua Dulce Negro, si se me permite decirlo así, es un puente entre las tradiciones alfareras del Formativo y las nuevas tendencias del periodo Clásico.

Con la misma pasta de barro de las cerámicas del tipo Agua Dulce Negro, fue modelada una pequeña jarra. Su inusual forma, similar a los llamados “floreros” teotihuacanos, debe explicarse entre las novedades que caracterizan la alfarería de Santa Luisa en la parte alta del Protoclásico (Wilkerson, 1972: 312). Con todo, según el propio Wilkerson, las influencias del Altiplano Central mexicano serían menores y poco discernibles durante la fase Tecolutla. Sin embargo, a partir de entonces cobrarán una importancia mucho mayor, al grado de explicar las transformaciones del tipo Agua Dulce Negro y la adquisición de nuevas formas cerámicas, como son los vasos trípodas cilíndricos. En Morgadal Grande, estos últimos también forman parte de la producción cerámica del tipo Agua Dulce Negro y cuyos ejemplos más antiguos probablemente no son anteriores a la segunda mitad del Protoclásico. En la cuenca del Nautla incluye vasos trípodas con soportes “decorados con símbolos o incluso verdaderamente esculpidos con glifos, personajes o dioses” (Wilkerson, 1994a: 80). Fue tal su importancia que parece tratarse de una de las exportaciones más importantes de la alfarería local (figura 16). Sin embargo, en la cuenca del Tecolutla esta clase de vaso probablemente evoluciona de manera distinta, como otra variedad del tipo Valenzuela Pulido. No hay que olvidar que los vasos trípodas de Morgadal Grande, así como los de Cerro Grande y El Tajín, son imitaciones de vasos modelados en la cuenca del río Nautla, y es por ello que probablemente se encuentran más alejados de sus modelos originales, tanto en forma como en decoraciones. Con

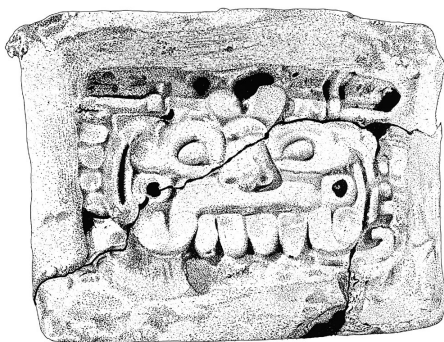
todo, la variedad Santa Rosa se halla bien representada en las colecciones de superficie y en los depósitos arqueológicos excavados en el Cerro del Oeste. Entre los materiales exhibidos en el talud sur de la Acrópolis, recuperamos el fondo de un vaso trípode cilíndrico y varios fragmentos del cuello de dos interesantes ejemplos de jarras del tipo Valenzuela Pulido, variedad Santa Rosa (cf. Pascual, 2006).

Los vasos trípodes de esta variedad, con soportes rectangulares, fueron tan comunes en la antigua ciudad de El Pital como en la cuenca del Tecolutla. Hay que decir que Du Solier encontró en El Tajín una cerámica negra cuyos “trastos se ven bien acabados” y “su pulimento es superior” (Du Solier, 1945: 14). Wilkerson ha establecido como equivalente de la Cerámica Negra de Du Solier la variedad Santa Rosa (Wilkerson, 1972: 374). Sabemos que Du Solier halló en El Tajín los mismos soportes rectangulares (Du Solier, 1945, lámina XXXIII) y restos de vasos trípodes que agrupó en su Cerámica Negra. Sin embargo, no parece que haya distinguido oportunamente entre los tipos cerámicos Valenzuela Pulido, variedad Santa Rosa, y sus precursores Alemán Negro y Agua Dulce Negro.

Du Solier dio cuenta, por primera vez, de las transformaciones de las cerámicas del Formativo y de su relación con la cerámica negra de El Tajín. Así que podríamos suponer que, entre los tipos más antiguos, figuraban algunos ejemplos de Alemán Negro. Sin

embargo, para el “periodo medio” de Du Solier, es probable que se trate de los tipos Agua Dulce Negro y Valenzuela Pulido, variedad Santa Rosa. Sólo así podría explicarse la presencia de cerámica negra en el “periodo antiguo” y su tendencia a desaparecer en el “último”, tal y como ocurre con la variedad Santa Rosa en el Clásico tardío. Sin embargo, hoy sabemos que para el Epiclásico reaparece esta variedad haciéndose cargo de formas distintas y siempre como vasijas de probado uso ritual (figura 17). Fueron muy frecuentes hasta el año 900 o 950 d.C., para después ir disminuyendo en el contexto del Conjunto Arquitectónico del Edificio de las Columnas (cf. Pascual, 2023). Es justo sobre este tipo cerámico que se elabora la Cerámica de Relieve de Du Solier (1945: 155), profusamente decorada y cuyos motivos son similares a los labrados en las columnas del edificio homónimo. Cabe aclarar que no todas las vasijas de este último tipo eran de color negro; hay varios tientos con pintura roja que los coloca en una variedad distinta del tipo Valenzuela Pulido.

Todas estas consideraciones son las que obligan aquí a replantear tanto la definición tipológica de la Cerámica Negra en los términos propuestos por Du



0 3 cm

**Fig. 16** Soporte rectangular de un vaso trípode cilíndrico del tipo Valenzuela Pulido, variedad Santa Rosa, con un mascarón de Tláloc. Fase Cacahuatal (ca. 350-600 d.C.), Región de El Pital. Dibujo de Arturo Reséndiz Cruz, tomado de Wilkerson (1994b).



0 2 cm

**Fig. 17** Cerámica de Relieve procedente del Edificio de las Columnas de El Tajín (EP8). Epiclásico, ca. 800-1100 d.C. Dibujo de Alejandro Núñez Padilla (2022).

Solier, como su dimensión temporal. Si volvemos una vez más al Cerro del Oeste, habrá que hacer notar que las excavaciones fueron hechas “a la mitad del cerro y sobre una amplia terraza. Las practicadas en esa parte [...] de la zona y sobre el montículo W, es donde logramos encontrar mayor cantidad de tiestos y a una mayor profundidad” (Du Solier, 1945: 173). Se trata de varios pozos (Va y Vb) que con sus ampliaciones se convirtieron en una trinchera. Sobre la misma colina, “más hacia el norte” (Du Solier, 1945: 179), situó las excavaciones IX y X. Varios pozos y cortes estratigráficos quedaron abiertos una vez que concluyó con sus trabajos. En el Cerro del Oeste es posible que uno de ellos fuera dispuesto encima del Edificio Col1b, y habría que reabrirlo para poder estar seguros de que se trata de su excavación II, pero en el caso de las nombradas como VI y VII, “hechas en otra terraza que existe en el sur del conjunto llamado Tajín Chico, y cerca del edificio llamado de las columnas labradas” (Du Solier, 1945: 177), el tamaño de la afectación es enorme. Saber dónde hizo estos pozos, ya lo había notado Krotser (Krotser y Krotser, 1973), puede ser todo un problema. Sin embargo, si sumamos sus resultados con los obtenidos por esta última autora y después de nuestras intervenciones en la Acrópolis del Cerro del Oeste, las cosas parecen aclararse en lo que hace a la antigüedad del asentamiento.

Krotser en su oportunidad hizo una recolección de superficie en un sembradío ubicado en la ladera este del Cerro del Oeste, justo donde pensaba que Du Solier había trabajado (Krotser y Krotser, 1973: 179). Sus excavaciones de prueba fueron dispuestas en la misma ladera del cerro (EP2B y EP3B), donde obtuvo cerámica hasta los 2.70 metros de profundidad. En un montículo largo del lado oeste de un patio, “encima de la extensión occidental del mismo cerro ubicado al oeste” (Krotser y Krotser, 1973: 186), abrió otros dos pozos (EP18 y EP22) que en las capas más profundas produjeron tiestos del Clásico temprano y medio (Krotser y Krotser, 1973: 183). Sin embargo, situó el apogeo de la ciudad entre los años 600 y 900 d.C. (Krotser y Krotser, 1973: 216). Los trabajos de Krotser en El Tajín sin duda nos dejaron una tipología cerámica que podría seguir usándose a nivel regional, misma que fue incorporada por Lira López en sus propios trabajos (Lira, 1999), y una línea de argumentación que por primera vez abrió la puerta a la posibilidad de un poblamiento temprano de la ciudad. Muchas cosas podrían parecer las mismas que discutió Du Solier (1939, 1945); aparece de manera recurrente el tema de lo teotihuacano, pero el manejo de datos es completamente distinto. Digamos que Krotser inaugura en más de un sentido la arqueología “moderna” de El Tajín; no es que los

trabajos de Du Solier faltaran a la verdad, pero en su momento muchas cosas apenas estaban perfilándose en el campo de la arqueología mesoamericana. Sus datos siempre son dignos de tomarse en cuenta, pero a casi un siglo de distancia, lo que en realidad ha cambiado es la manera en la que ahora cobran significado.

Para Krotser, “ninguna duda quedó sobre el estrecho contacto de El Tajín con Teotihuacán” (Krotser y Krotser, 1973: 213), pero a diferencia de Du Solier no vio esta relación como un detonante del desarrollo cultural de la ciudad y también pudo documentarla en sentido inverso. Es decir, localizó en las colecciones de Teotihuacán “gran cantidad de tiestos de pasta fina veracruzana” (Krotser y Krotser, 1973: 213). Con el transcurrir de los años, ahora entendemos mejor la clase de vínculo que se estableció de antiguo entre ambas urbes (cf. Pascual, 2006 y 2019). Sobre esto, habría que comenzar por decir que si bien es cierto que el modelo cultural de Teotihuacán tuvo una notable recepción entre las élites de distintos rumbos de Mesoamérica y, aunque no ocurrió de modo distinto en El Tajín, las cosas no siempre se dieron de igual manera. Esto hace una notable diferencia con las ciudades de la cuenca del Nautla o con sitios como Cerro de las Mesas en la cuenca del Papaloapan. Estas últimas tuvieron contacto directo con mercancías que se intercambiaban a lo largo de la llanura costera. El río Nautla marcaba entonces el camino hacia el centro de México y a través de él llegaron toda clase de productos, pero también ideas que poco a poco fueron modelando la identidad simbólica de las élites de Tierra Caliente. Pero El Tajín no se benefició directamente de estas rutas comerciales. Es de suponerse que el grueso de la actividad llegaba a El Pital y, en todo caso, de allí se distribuía hacia la cuenca del Tecolutla. En honor a la verdad, por más que se encuentre representada localmente, prácticamente la totalidad del complejo cerámico teotihuacano de la fase Tlamimilolpa (ca. 200-350 d.C.), no hemos encontrado en nuestras excavaciones un solo objeto que haya sido elaborado en Teotihuacán para después ser llevado a la costa. Sin embargo, no cabe duda de que los grupos en el poder adoptaron su modelo cultural y que reprodujeron en la llanura costera el utillaje cerámico propio de esta gran metrópoli. Pero en todo este asunto hay un elemento más a considerar y que tuvo un papel absolutamente decisivo en la conformación del estilo cultural de El Tajín. Hemos dicho que los cambios que se advierten en los depósitos más profundos de la fase Tecolutla, los inicios del Protoclásico, son los que definen el modelo de la civilización clásica de El Tajín. Estas innovaciones están relacionadas con lo que parece ser un componente epíolmeca que se articula en los cimientos de su civilización.

## El componente epiolmeca

La segunda mitad del periodo Formativo experimentó una vitalidad comercial sin precedentes en la costa del Golfo de México. No hubo lugar junto al mar que no estuviera enlazado por una compleja red de caminos, que acercaba a la llanura costera los más variados productos de la montaña y que ponía en contacto a pueblos de cultura distinta. A finales del primer milenio antes de nuestra era, el impulso comercial provenía del sur de Veracruz, las mismas tierras que en el Formativo medio habían sido de los olmecas y que ahora ensayaban una serie de cambios que alcanzarían por igual a los sistemas de gobierno que a las manifestaciones artísticas. En los monumentos de piedra que retratan a una nueva generación de gobernantes, es donde termina por cobrar forma un sistema de escritura capaz de registrar fechas y las ceremonias en las que participaban estos dignatarios. A este avanzado sistema de signos se le conoce, siguiendo a Justeson y Kaufman (2008), como escritura epiolmeca, y se inscribe en un modelo cultural que rebasaría el ámbito de la llanura costera, para convertirse en el prototipo de la civilización clásica del sur de México (cf. Pascual, 2019).

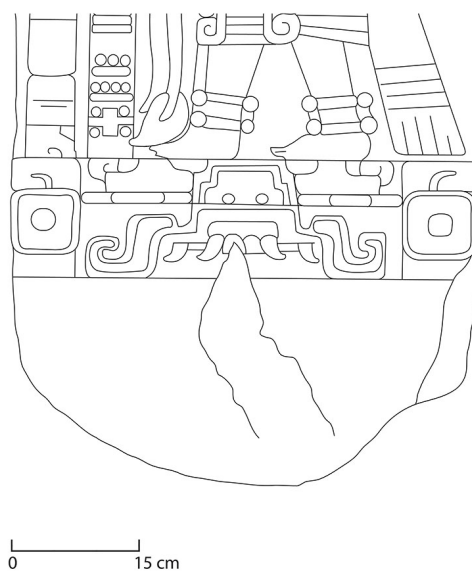
Para el Formativo tardío es posible advertir, tanto en Cerro de las Mesas como en la región de los Tuxtlas, la existencia de organizaciones sociopolíticas de carácter estatal, hasta cierto punto herederas del mundo olmeca, que habrán de reinterpretar su civilización conservando de ella buena parte de los rasgos estilísticos que definen el arte de La Venta. Hay en las figuraciones plásticas de estos gobernantes la voluntad de igualarse con los soberanos del pasado, al repetir las convenciones estilísticas de los más antiguos monumentos de piedra. En los inicios de nuestra era, lo “olmeca” se había revitalizado, permaneciendo unido al discurso ideológico y sumado a las demostraciones de poder de los nuevos soberanos. Era tal su fuerza que buena parte de Mesoamérica terminaría por adoptar dicho estilo cultural y será sobre sus bases que se construye la civilización del Protoclásico en el Golfo de México, misma que se extiende a lo largo del Istmo de Tehuantepec, la costa de Chiapas y Guatemala.

Esta vibrante cultura del Formativo tardío es justo la que estimula estos contactos comerciales y la misma que impulsará, en la región de El Tajín, el desarrollo de organizaciones sociopolíticas de tipo estatal, con una economía probablemente basada en su capacidad de participar en los grandes circuitos comerciales de la llanura costera del Golfo (cf. Stoner *et al.*, 2015).

El fenómeno epiolmeca (ca. 500 a.C.-250 d.C.) ha sido definido desde la perspectiva de la lingüística a partir de un corpus jeroglífico cuya lectura se sustenta en una forma ancestral de las lenguas zoqueanas (cf. Justeson

y Kaufman, 2008). Dichos textos ejemplifican formas muy tempranas de escritura que han sido estudiadas en monumentos escultóricos procedentes del sur de Veracruz, Chiapas y la costa pacífica de Guatemala (cf. Pérez Suárez, 2012). Buena parte de ellos contienen inscripciones de carácter calendárico y constituyen el antecedente del sistema de cuenta larga usado por los antiguos mayas. Sobre una variedad de soportes materiales —estelas, delicadas tallas en piedra dura, tiestos y figurillas cerámicas— se registraron toda clase de noticias sobre los gobernantes locales, sus rituales y las fechas en los que fueron celebrados. Particularmente importantes por sus textos son la estela de La Mojarra (157 d.C.) y las halladas en Cerro de las Mesas (figuras 18 y 19), labradas estas últimas en el Clásico temprano (468-533 d.C.) (Justeson y Kaufman, 2008:163). Por supuesto, a lo largo de tan amplio periodo pueden encontrarse diferencias notables en las expresiones plásticas de cada época, pero lo que resiste al paso del tiempo es la escritura y un mismo modelo cultural (cf. Pascual, 2019).

Esta nueva etapa de la civilización sin duda había mudado de rostro cuando finalmente la escritura se hizo presente. La Venta había caído, pero el modelo político, por más que los asentamientos fueran otros, seguía colocando al gobernante en el centro de las relaciones sociales de su tiempo. La escritura,



**Fig. 18** Estela 8 de Cerro de las Mesas. Redibujado por Said Rico Díaz (2016) sobre originales de Miguel Covarrubias (1940-1941), Universidad de las Américas Puebla.

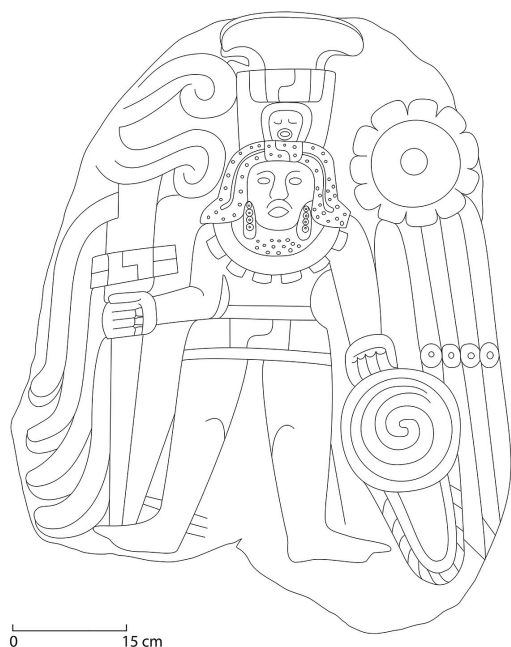
los objetos suntuosos que siempre la incorporan, se vincula con una producción ideológica que impulsaba la clase dominante. Lo epiolmeca, si se me permite explicarlo de este modo, no es sólo un modelo de élite que cruzará el Istmo de Tehuantepec, es un conjunto de signos y de convenciones estilísticas que se difunden junto al mar, hasta alcanzar hacia el poniente la Laguna de Alvarado, Cerro de las Mesas, y las tierras que serán de El Tajín. No sé si en realidad las poblaciones que puso en contacto eran en todos los casos hablantes de formas ancestrales del zoque, pero no cabe duda de que la producción de textos se hallaba revestida de un enorme prestigio cultural. El que estos textos aparezcan en piezas cuyo estilo las señala en contextos definitivamente teotihuacanos, hace suponer que en los primeros años del Clásico temprano todavía se hallaban vigentes. Las estelas de Cerro de las Mesas, además de otros monumentos escultóricos de la costa veracruzana, revelan la persistencia de este mismo sistema de signos.

El fenómeno epiolmeca probablemente alcanza su máxima expresión desde el enfoque de la epigrafía. Aun así, se trata de un conjunto de rasgos —no sólo la escritura— que adquiere en el Formativo tardío mayor relevancia de la que hasta ahora le hemos reconocido. Heredero de la cultura de La Venta, termina por

modelar la identidad de la costa del Golfo y acompaña, en mayor o menor grado, las transformaciones que identifican la transición del Formativo al Protoclásico. En efecto, su contribución parece ser mayúscula a lo largo del litoral veracruzano y también se refleja en distintos sitios de la Sierra Norte de Puebla. En este sentido, uniformar el fenómeno epiolmeca con la escritura, con la producción de textos similares a los hallados en el centro y sur de Veracruz, podría ser en parte un error. Lo epiolmeca es mucho más que un sistema de escritura, es todo un modelo de civilización que se extiende más allá del ámbito natural de los hablantes ancestrales del zoque. Es difícil saber qué tan versátil habría sido este modelo de signos como para ser trasladado a otras lenguas, a sistemas morfosintácticos y léxico-semánticos distintos, y hasta dónde su propia rigidez pudo ser el motivo de su no asimilación en el contexto de las clases políticas de otros rumbos de Mesoamérica. Con todo, sin necesariamente acompañarse de la escritura, terminó por modelar la ideología, el sistema de gobierno y la conducta ritual de las élites de su tiempo.

El Formativo tardío y el Protoclásico fueron escenario de importantes transformaciones culturales en la cuenca del río Tecolutla. Hemos dicho que cambiaría el patrón de asentamientos al buscar lugares altos para la fundación de los nuevos centros de gobierno. Su emplazamiento quedó unido a tramos específicos de los caminos comerciales que bajaban de la sierra para desdoblarse junto al mar. Estas prístinas ciudades revelan la existencia de organizaciones de tipo estatal, a las que hacían frente soberanos dotados de un inmenso poder, y que a partir de ahora perpetuarán su imagen en estelas de piedra. Los escultores de estas tierras recurrieron a modelos de representación frontal, similares de nueva cuenta a los que rigen en las estelas más tardías de La Venta, aunque distintos de los que identifican a la escultura epiolmeca del sur de Veracruz, donde los gobernantes aparecen mostrados de perfil. Este cambio de perspectiva sólo se introducirá en el arte de El Tajín hasta los primeros años del Clásico tardío, alrededor del año 600 d.C. Entre tanto, la frontalidad se instala como fórmula única para la representación de los soberanos. Rex Koontz (2011) ha señalado con razón que la Estela 7 de Cerro de las Mesas muestra a un gobernante de frente que sujeta un bastón con la mano derecha y una bolsa con la izquierda, lo que configura el modelo exacto de representación acostumbrado en el Clásico temprano en la región de El Tajín.

Ahora bien, el uso de estelas, tanto en la cuenca del Tecolutla como en varios sitios de la costa del Golfo de México, el Istmo de Tehuantepec y el centro de Chiapas, forma parte de un complejo ideológico



**Fig. 19** Estela 7 Cerro de las Mesas. Redibujado por Said Rico Díaz (2016) sobre originales de Miguel Covarrubias (1940-1941), Universidad de las Américas Puebla.



**Fig. 20** Soporte de un espejo labrado de conformidad con la traición estilística de los más antiguos relieves escultóricos de la región de Cerro de las Mesas. Kaminaljuyú (Guatemala), fase Esperanza, ca. 400-450 d.C. Dibujo de Arturo Reséndiz Cruz (2005).

que se acompaña del juego ritual de la pelota y del sacrificio humano, por decapitación, como máxima expresión de un culto que coloca a los gobernantes en el centro de las relaciones políticas y sociales de su tiempo. Daneels ha demostrado suficientemente que el juego de pelota surge como manifestación de una “religión de estado” entre los años 100 a.C. y 100 d.C. (Daneels, 2011). Es decir, a finales de la fase Arroyo Grande o principios de Tecolutla, si ajustamos las fechas a la cronología de la región de El Tajín. Sus conclusiones, aunque referidas a la confluencia de los ríos Jamapa y Cotaxtla, describen bien el panorama de la llanura costera en este momento de la civilización, por más que La Joya, el sitio que sirve a sus estudios, se encuentre en la órbita de Cerro de las Mesas, uno de los centros de cultura epiolmeca más importantes del centro de Veracruz y esencial para entender aquí

la dispersión de su modelo cultural hacia tierras de El Tajín (cf. Pascual, 2019).

Es interesante observar que las esculturas con forma de yugo, el uso decorativo de patrones de volutas y el tratamiento escultórico de temas relacionados con el sacrificio humano por decapitación, ya están presentes desde esta época (Daneels, 2008). Uno de los entierros encontrados por Stirling en sus excavaciones de 1941 en este sitio de la Laguna de Alvarado y que se conoce sólo a partir de descripciones muy generales, ha sido reexaminado por Daneels dada su particular relevancia. Es notable la riqueza del ajuar funerario que acompaña al individuo decapitado —jades, polvo de cinabrio, conchas, una perla, caparazones de tortuga finamente tallados, un yugo liso, dos figurillas de barro y 11 vasijas—, además de la manipulación ritual del cuerpo que incluye el desprendimiento de la mandíbula



**Fig. 21** Estela de Alvarado, Veracruz. Formativo tardío (ca. 400-0 a.C.). Dibujo de Betzabe Escamilla Corona (2016).

inferior y el entierro de dos “acompañantes” con las cabezas arrancadas y puestas a los lados del cuerpo. Tres de las vasijas “lucen una decoración esgrafiada reminiscente del Preclásico superior, pero el trazo de los motivos es más profundo y la forma [...] distinta” (Daneels, 2005: 462). Esta característica, en realidad, no parece ser exclusiva de la ofrenda que venimos tratando; tampoco se limita a la región de Cerro de las Mesas; forma parte de un fenómeno de orden estilístico que no hemos sabido colocar en su justa dimensión temporal y que se acompaña de soluciones plásticas

similares a las convenidas en la escultura olmeca de La Venta. Es particularmente “agudo” en los monumentos de Cerro de las Mesas, pero se halla presente desde principios de nuestra era en una variedad de sitios epiolmecas y sobre diferentes soportes materiales. Estos patrones de volutas pueden igualmente reconocerse en placas de piedra hermosamente labradas que probablemente se usaron como bases para espejos de pirta o hematita (Wilkerson, 1990: 167-169) y que exhiben una versión temprana de los entrelaces que con el andar del tiempo terminarán por convertirse en característicos de las expresiones artísticas de la civilización de El Tajín (figura 20).

De acuerdo con Arnold III (2008), hay que tenerlo en cuenta, la mayor parte de la obsidiana utilizada en los Tuxtlas llegaba para el Formativo tardío desde los lejanos yacimientos de Zaragoza-Oyameles, ubicados en la Sierra Norte de Puebla. El comercio del vidrio volcánico promovería en su vertiente oriental la consolidación de una complejidad social sin precedentes que se manifiesta en la ofrenda funeraria de un grupo de entierros excavados en el temprano sitio de Venustiano Carranza (cf. Suárez, 2009). La riqueza del ajuar que rodea a los individuos, en esta ocasión un hombre y una mujer, es sorprendente. No sólo hay una gran cantidad de cuentas de jade y de adornos elaborados en piedra verde, orejeras y punzones, también figuran dos colmillos de jabalí, impregnados con un pigmento de color rojo, que fueron colocados a ambos lados de la cabeza del hombre. La mujer fue ataviada con collares y pulseras formados por conchas, cuentas de jade, hueso y piedra caliza, mientras que el personaje que yace a su lado llevaba sobre el pecho una placa de jade. Un yugo cerrado fabricado en piedra fue colocado sobre el cuerpo de este último individuo. La pieza es similar a las aparecidas en Cerro de las Mesas (cf. Kurosaki, 2006: 58), todas en territorio veracruzano. El de Carranza es liso con un filo que lo recorre a lo largo para terminar justo donde comienza el cerramiento de la cara posterior. Ángeles Flores, quien publicó el hallazgo, ofrece para la tumba un fechamiento absoluto que va del año 400 al 200 a.C.

Sin embargo, el objeto que define la posición cronológica de la ofrenda de Carranza es, sin duda, el colgante rectangular acanalado de piedra verde que Rocha comparó acertadamente con los pendientes de estilo “olmeca”, que incorporan un tipo de perforaciones que las hace casi imperceptibles en su cara frontal. Esta clase de orificios son característicos del periodo Formativo y corresponden a una tradición lapidaria común para Mesoamérica. Su análisis lo llevó a examinar los adornos de piedra y concha con los que fue ataviado el individuo sobre el que se depositó el yugo, en contraposición con los que viste el personaje

representado en la Estela de Alvarado (cf. Pérez de Lara y Justeson, 2007), un relieve procedente de la costa que muestra una típica inscripción epiolmeca (cf. Justeson y Kaufman, 2008). De esta comparación concluyó que ambos usaron adornos iguales, los mismos objetos dispuestos de manera equivalente (figura 21). El dignatario figurado en el monumento de piedra incluso lleva puesto un yugo en la cintura, lo que completa en ambos casos la identidad simbólica del atuendo (cf. Rocha, 2015: 41).

En suma, la transición del Formativo tardío al Protoclásico, no hay que olvidarlo, se encuentra marcada por la adquisición de un modelo cultural de clara extracción epiolmeca, el mismo que se articula en los cimientos de la civilización de El Tajín. Es de este modelo de donde derivan localmente, ya lo hemos dicho, el uso de estelas, el ritual del juego de la pelota y el sacrificio humano por decapitación. Para los primeros años de nuestra era, todos estos elementos aparecen firmemente enlazados en la figura del gobernante. El que se conservaran a lo largo del tiempo formando parte de la esencia de la civilización de El Tajín, el que sus rasgos permanecieran por siglos prácticamente inalterados a pesar de cualquier cantidad de transformaciones ocurridas en el ámbito de la política y de la sociedad, es justo lo que le confiere identidad y la hace diferente a otros desarrollos culturales de Mesoamérica. Aquello que la distingue, que resistió el paso del tiempo haciéndola singular e irrepetible, si no me equivoco, es su herencia epiolmeca.

## Bibliografía

- Arnold III, Philip J.**  
2008 Arqueología en Los Tuxtlas: un resumen. En Lourdes Budar y Sara Ladrón de Guevara (coord.), *Arqueología, paisaje y cosmovisión en Los Tuxtlas* (pp. 65-76). México, Museo de Antropología de Xalapa / Facultad de Antropología-Universidad Veracruzana.
- Brueggemann, Jürgen**  
1991 *Proyecto Tajín*. México, INAH (Cuaderno de Trabajo).
- Claessen, Henri J.M. y Oosten, Jarich G.**  
1996 Ideology and the Formation of Early States. *Studies in Human Society*, (11). Leiden, E.J. Brill, 445 pp.
- Daneels, Annick**  
2005 El Protoclásico en el centro de Veracruz. Una perspectiva desde la cuenca baja del Cotaxtla. En *IV Coloquio Pedro Bosch Gimpera. Arqueología mexicana* (pp. 453-488 [II]). IIA-UNAM.
- 2008 Ballcourts and Politics in the Lower Cotaxtla Valley: A Model to Understand Classic Central Veracruz. En Philip J. Arnold III y Christopher A. Pool (eds.), *Classic-Period Cultural Currents in Southern and Central Veracruz* (pp. 197-223). Washington D.C., Harvard University Press, Dumbarton Oaks Research Library and Collections (Precolumbian Studies).
- 2011 La arquitectura monumental de tierra entre el Preclásico tardío y el Clásico temprano: desarrollo de la traza urbana de La Joya, Veracruz, México. En B. Arroyo, L. Paiz, A. Linares y A. Arroyave (eds.), *XXIV Simposio Internacional de Investigaciones Arqueológicas de Guatemala* (pp. 115-125). Tikal, Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes-Instituto de Antropología e Historia y Asociación Tikal (versión digital).
- Du Solier, Wilfrido**  
1939 Principales conclusiones obtenidas del estudio de las cerámicas arqueológicas del Tajín. En *XVII Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la primera sesión* (pp. 25-38). México, INAH / SEP.
- 1945 La cerámica arqueológica del Tajín. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, t. III, 5a ép.: 1-45.
- Ekholm, Gordon F.**  
1944 Excavations at Tampico and Pánuco in the Huasteca. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, 38 (5).
- García Payón, José**  
1974 Centro de Veracruz. En *Historia de México*, II (pp. 141-158). México, Salvat.
- Hansen, M.**  
2000 *A Comparative Study of Thirty City-State: An Investigation*. Copenhagen, Det Kongelige Danske Videnskabsnernes Selskab Historisk-filosofiske Skrifter, 21.
- Jiménez Lara, Pedro**  
1991 Recolección de superficie en la zona arqueológica de El Tajín. En Jürgen Brueggemann, *Proyecto Tajín*. México, INAH (Cuaderno de Trabajo).
- Justeson, John y Kaufman, Terrence**  
2008 The Epi-Olmec Tradition at Cerro de las Mesas in the Classic Period. En Philip J. Arnold III y Christopher A. Pool (eds.), *Classic-Period*

*Cultural Currents in Southern and Central Veracruz*. Washington D.C., Harvard University Press, Dumbarton Oaks Research Library and Collections (Precolumbian Studies).

**Koontz, Rex**

- 2011 El Tajín: el arte del Clásico y el surgimiento de la élite de las tierras bajas de Veracruz. En Eduardo Matos Moctezuma (ed.), *Seis ciudades antiguas de Mesoamérica. Sociedad y medioambiente* (pp. 235-249). México, INAH.

**Krotser, Ramón y Krotser, Paula**

- 1973 Topografía y cerámica de El Tajín, Ver. *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 3 (28): 177-221.

**Kurosaki, Maekawa**

- 2006 *Estudio sobre los yugos. Análisis comparativo de los yugos y sus contextos en Mesoamérica, en especial, los yugos de la Costa del Golfo de México*. México, ENAH-INAH.

**Lira López, Yamile**

- 1999 Una revisión de la tipología cerámica de El Tajín. *Anales de Antropología*, 32 (1): 121-159.

**Mac Neish, Richard**

- 1954 *An Early Archaeological Site Near Pánuco, Veracruz*. Transactions of American Philosophical Society, XLIV.

**Manzanilla, Linda R.**

- 2011 Sistemas de control de mano de obra y del intercambio de bienes suntuarios en el corredor teotihuacano hacia la costa del Golfo en el Clásico. *Anales de Antropología*, 45 (1): 9-32.

**Pascual Soto, Arturo**

- 2006 *El Tajín: en busca de los orígenes de una civilización*. México, IIE-UNAM / INAH, 412 pp.
- 2009 *El Tajín, arte y poder*. México, IIE-UNAM / INAH, 310 pp.
- 2019 *Divinos Señores de El Tajín. El culto al gobernante en los comienzos de la civilización*. México, IIE-UNAM, 279 pp.
- 2023 El Tajín del periodo Epiclásico. Una tumba en el Conjunto Arquitectónico del Edificio de las Columnas. *Anales de Antropología*, 57 (1).

**Pérez de Lara, Jorge y Justeson, John**

- 2007 *Documentación fotográfica de monumentos con escritura e imaginario epi-olmeca*. México, FAMSI.

**Pérez Suárez, Tomás**

- 2012 La escritura istmeña o epiolmeca como antecedente de la maya: una revisión histórica. *Revista Digital Universitaria*, 13 (11).

**Rocha García, Raúl**

- 2015 *Interacción cultural en la periferia de El Tajín* (tesis de licenciatura). Departamento de Antropología-Universidad de las Américas, Cholula, Puebla.

**Stark, Barbara L.**

- 2010 Cerro de las Mesas. En Sergio Vázquez Zárate, Henri Noel Bernard Medina y Sara Ladrón de Guevara (coords.), *La morada de nuestros ancestros. Alternativas para la conservación* (pp. 139-146). Veracruz, México, Consejo Veracruzano de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico.

**Stirling, Matthew W.**

- 1941 Expedition Unearths Buried Masterpieces of Carved Jade. *National Geographic Magazine*, 80 (3): 277-302.

**Stoner, Wesley D., Nichols, Deborah L., Alex, Bridget A. y Crider, Destiny L.**

- 2015 The Emergence of Early-Middle Formative Exchange Patterns in Mesoamerica: A View from Altica in the Teotihuacan Valley. *Journal of Anthropological Archaeology*, 39: 19-35.

**Suárez Cruz, Sergio**

- 2009 Informe técnico del Proyecto Estudio de Factibilidad de la Autopista México-Tuxpan, Temporada 2008, tramo Puebla. México, Archivo de la Sección de Arqueología-Centro INAH Puebla.

**Wilkerson, S. Jeffrey K.**

- 1972 Ethnogenesis of the Huastec and Totonac: Early Cultures of North Central Veracruz at Santa Luisa, México. México, Archivo Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 929 pp.
- 1976 Report to the National Geographic Society and the Instituto Nacional de Antropología e Historia on the 1976 Season of the Florida State Museum-National Geographic Society, Cultural Ecology Project. México, Archivo Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1980 Man's Eighty Centuries in Veracruz. *National Geographic*, 158 (2): 202-231.
- 1981 The Northern Olmec and Pre-Olmec Frontier on the Gulf Coast. En M.D. Coe y D. Grove

- (eds.), *The Olmec and their Neighbors* (pp. 181-194). Washington, D.C., Harvard University Press, Dumbarton Oaks Research Library and Collection (Precolumbian Studies).
- 1987 *Una guía para visitantes*. Xalapa, Veracruz, México, Universidad Veracruzana.
- 1990 El Tajín: Great Center of the Northeast. En *Mexico, Thirty Centuries of Splendor* (pp. 45-72). Nueva York, Metropolitan Museum of Art.
- 1994a El Pital y los asentamientos prehispánicos en la cuenca inferior del río Nautla, Veracruz, México. Informe al Instituto Nacional de Antropología e Historia sobre resultados arqueológicos de la primera temporada. México, Archivo Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 114 pp.
- 1994b The Garden City of El Pital: The Genesis of Classic Civilization in Eastern Mesoamerica. *National Geographic Research & Exploration*, 10 (1): 56-71.
- Yoffee, Norman**
- 2005 *Myths of the Archaic State. Evolution of the Earliest Cities, Status, and Civilizations*. Cambridge, Cambridge University Press, 277 pp.